

Cuaresma tiempo de esperanza

Dios corrige a sus hijos

Nos disponemos a vivir una jornada de encuentro con nuestro Dios-Abba que nos revela su pedagogía de amor, para conducirnos según su voluntad y afianzar en nosotras nuestra experiencia de filiación.

A semejanza de nuestras venerables Madres Teresa Toda y Teresa Guasch abrámonos a una experiencia de confianza y abandono pleno sintiendo “*que al que confía en Dios, el amor lo envuelve.*” (Cf. Salmo 32, 10).



En esta ocasión nuestra jornada de retiro está vinculada al texto de Hebreos 12, 1-13 y algunos artículos de nuestras Constituciones, en las que encontramos el modo de encarnar el Evangelio.

Oración de inicio:

Dedicamos un tiempo a silenciar nuestro interior y a disponer nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestro corazón para el encuentro. Buscamos un lugar tranquilo, que nos favorezca un ambiente de acogida y paz con nuestro Dios Abba, que está ansioso por encontrarse con quien le busca con amor.

Recordemos que nuestro cuerpo ha de decirle a la mente de qué se trata la experiencia que vamos a realizar, para que esta experiencia se dé, es preciso que nuestro cuerpo se ponga en una actitud de humildad (nuestras manos pueden estar juntas a la altura del pecho o descansando sobre nuestro regazo, estando sentadas o de rodillas, silenciemos nuestros sentidos evocando una oración que exprese confianza y abandono (El Padre nuestro, Padre me pongo en tus manos...). Dejémonos mirar por Él y experimentemos que nos

abraza y acoge como un Padre que siente ternura por sus hijos (salmo 102). Podemos permanecer en esta experiencia un espacio generoso de tiempo. Al terminar decimos esta oración o aquella que surja de este encuentro amoroso con Él.

Ayúdame, Jesús, a vivir tu Evangelio, a convertirme en una discípula fiel y esforzada de tu Reino y a sentir el apremio de cumplir con tu mandato misionero.

Hebreros 12, 1-7. 11-15 (leemos y oramos)

Fijos los ojos en el que inició y consumó la fe, en Jesús

Nos ha precedido una nube densa de testigos, que vivieron en profundidad su fe y al mirarlos constatamos la manera como hicieron posible su seguimiento y entrega al servicio del reinado de Dios. Ellos fijaron sus ojos en Jesús el testigo supremo de fe, que cargó con nuestros pecados y eliminó el pecado en su entrega.

Cargó con nuestros pecados. Lo indica, en primer lugar, la historia de su pasión y muerte relatada en los Evangelios. Estos hechos, siendo la historia del Hijo de Dios encarnado y no de un hombre cualquiera, más o menos santo, tienen un valor y una eficacia universales, que alcanzan a toda la raza humana. En ellos vemos que Jesús fue entregado por el Padre en manos de los pecadores (cfr. Mt 26,45) y que Él mismo permitió voluntariamente que su maldad (de ellos) determinase en todo, su suerte (de Él). Como dice Isaías al presentar su impresionante figura de Jesús [4]: «se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca» (Is. 53,7).

Cordero sin mancha, aceptó libremente los sufrimientos físicos y morales impuestos por la injusticia de los pecadores, y en ella, asumió todos los pecados de los hombres, toda ofensa a Dios. Cada agravio humano es, de

algún modo, causa de la muerte de Cristo. Decimos, en este sentido, que Jesús “cargó” con nuestros pecados en el Gólgota (cfr. 1Pt 2,24).

Eliminó el pecado en su entrega. Pero Cristo no se limitó a sobrellevar nuestros pecados, sino que también los “destruyó”, los eliminó. Pues llevó los sufrimientos en la justicia *filial*, en la unión obediente y amorosa hacia su Padre Dios y en la justicia *inocente*, de quien ama al pecador, aunque éste no lo merezca: de quien busca perdonar las ofensas por amor (cfr. Lc 22,42; 23,34). Ofreció al Padre sus sufrimientos y su muerte en nuestro favor, para nuestro perdón: “en sus llagas hemos sido curados” (Is. 53,5).



Evangelii Gaudium

“Junto con Jesús, la memoria nos hace presente «una verdadera nube de testigos» (Hb 12,1). Entre ellos, se destacan algunas personas que incidieron de manera especial para hacer brotar nuestro gozo creyente: «Acordaos de aquellos dirigentes que os anunciaron la Palabra de Dios» (Hb 13,7). A veces se trata de personas sencillas y cercanas que nos iniciaron en la vida de la fe: «Tengo presente la sinceridad de tu fe, esa fe que tuvieron tu abuela Loide y tu madre Eunice» (2 Tm 1,5). El creyente es fundamentalmente «memorioso».” (EG II, 13)

Pedagogía paternal de Dios *Hb 12, 5*

Dios nos dirige una exhortación como a hijas: *Hija mía, no desprecies la corrección del Señor ni te desanimes si te reprende; porque el Señor corrige a quien ama y azota a los hijos que reconoce.* (Cf. Hb. 12, 5; Prov.1, 7. 22. 25; 5, 12; 12, 1 salmo 50, 17).

El predicador de la carta a los Hebreros presenta Dios como educador paternal que es al mismo tiempo severa y afectuosa. Se inspira en el modelo sapiencial del Antiguo Testamento: *porque al que ama lo reprende el Señor, como un padre al hijo querido.* (Prov. 3,12); el hijo sensato acepta la corrección paterna (Prov. 13, 1). Dios como Padre, educa austeramente: "¿Hay algún hijo a quien su padre no castigue? Así lo hizo en el desierto, sometiendo a su pueblo a toda clase de pruebas "para que reconozcas que el Señor, tu Dios, te ha educado como un padre educa a su hijo; para que guardes los preceptos del Señor, tu Dios, sigas sus caminos y lo respetes (Dt. 8,5ss).

... El predicador está simplemente contemplando el sufrimiento de la comunidad cristiana, que no es querido por Dios, desde la perspectiva de su amor, capaz de transformar el dolor y la tribulación de sus hijos en frutos de paz y de justicia. Así es como Dios se enfrenta y destruye el sufrimiento humano (Rom. 8, 18). A esta victoria se refiere cuando cita al profeta (Is 35, 3) cantando el regreso de Jerusalén de los desterrados de Babilonia en una especie de peregrinación festiva y gozosa, gracias a la intervención salvadora de Dios: "fortalezcan los brazos débiles, robustezcan las rodillas vacilantes, enderecen las sendas para sus pies".

Pie de página de Hb 12, 5-13
La Biblia de nuestro pueblo

A los ojos de la fe, las pruebas de esta vida forman parte de la pedagogía de Dios con respecto a sus hijos. La argumentación descansa en la noción bíblica de educación, *musar*, que significa "instrucción por medio de la corrección" Cf. Job. 5, 17; 33, 19; Salmo 94; Si 1, 27; 4, 17; 23, 2.

Pie de página de Hb 12, 7
Biblia de Jerusalén

Acciones que cuidan nuestro camino de santidad

Toda corrección es penosa pero luego produce sus frutos Hb 12, 11ss):

- Levanten las manos caídas, las rodillas entumecidas.
- Enderecen los caminos tortuosos para sus pies, para que el cojo se cure.

- Procuren la paz con todos y la santidad.
- Poner cuidado en que nadie sea privado de la santidad.
- Que ninguna raíz amarga retoñe, ni nos turbe y por ella llegue a aficionarse la comunidad.

Dios nos corrige para provecho nuestro, en orden a hacernos partícipes de su santidad. (Hb. 12, 10)

Constituciones: artículos: 50-58

Directorio: artículos: 77-80; 106-114

Puntos para la reflexión



1. ¿Cómo puedo constatar que la vida es la escuela en la que me dejo educar por Dios-Abba? Profundizar en la experiencia de sentirse hija reconciliada con Dios-Abba.
2. Identifico la invitación que el Espíritu de Dios está haciendo a mi vida hoy, para dejarme configurar con Jesús en esta cuaresma 2021, al estilo propio de las Hermanas Carmelitas Teresas de San José, como testimonio de mi vocación-misión.

Terminamos nuestra jornada de retiro con un encuentro comunitario de adoración a los pies del Santísimo Sacramento y compartimos con sencillez, característica de las hijas de Dios, lo que ha significado para cada una esta jornada de encuentro con nuestro Dios.



Finalizamos proclamando con María las grandezas del Señor.